El misterio

[Cuento - Texto completo.]

Leónidas Andréiev

I

Experimenté una inmensa alegría. Yo era un estudiante pobre, sin un copec en el bolsillo -había gastado los últimos en un anuncio solicitando un empleo-. Y tuve la suerte de encontrar un magnífico trabajo.

Una nublada mañana de finales de octubre recibí una carta en la cual se me invitaba a presentarme en el Hotel de Francia, situado en la calle de la marina. Hora y media más tarde, y cuando la lluvia, que empezó a caer poco antes de que la carta llegara a mis manos, no había cesado aún, disponía de un empleo, de una vivienda y de veinte rublos ¡Un verdadero sueño, un cuento de hadas! Desde el primer momento, todo me causóuna grata impresión: el suntuoso hotel, la lujosa habitación donde fui recibido y el amable caballero que me atendió. Era un caballero entrado en años y vestido con la inconfundible elegancia de las personas acostumbradas a la buena ropa desde su infancia.

Resulta innecesario decir que acepté sus condiciones: vivir con su familia en el campo, ser el profesor de un niño de ocho años y cobrar cincuenta rublos mensuales.

-¿Le gusta a usted el mar? -me preguntó Norden (no había por quéllamarlo “señor” Norden).

-¿El mar? -balbucí-. ¡Oh sí!, ¡muchísimo!

Norden se echó a reír.

-Desde luego… ¿A quién no le ha gustado el mar en su juventud? Pues bien, desde casa verá usted el mar. Un mar un poco gris, un poco triste; pero con furores y sonrisas. Se encontrará usted en la gloria.

-No lo dudo.

Sonreí,y Norden también. Añadió:

-En aquel mar se ahogó mi hija Elena… Hace cinco años.

Permanecí en silencio. No sabía quédecir. Además, estaba desconcertado por su sonrisa. ¡Sonreía hablando de la muerte de su hija!

“¿Será una broma?”, pensé.

El anticipo de veinte rublos me lo hizo *motuproprio* y se negó a aceptar un recibo. No me pidió elpasaporte y ni siquiera preguntómi nombre. En otras circunstancias, aquella confianza acaso me hubiera parecido muy natural; pero me hallaba tan deprimido a causa

de mi expulsión de la Universidad, tenía el estomago tan vacío y los calcetines tan mojados, que el inspirarla me sorprendió mucho y aumentó mi satisfacción.

Sin embargo, cuando llevaba unos días en casa de Norden, no veía las cosas tan color de rosa: me había acostumbrado al lujo de mi habitación, a la buena mesa y a los calcetines secos, y a medida que me distanciaba de la ida de Petersburgo, del hambre, de la terrible lucha por la existencia, mis ojos iban percibiendo matices raros y nada alegres en lo que me rodeaba. Al enumerar a mis compañeros,en mis cartas, las excelencias de mi nueva vida, no experimentaba ninguna alegría.

Al principio, mi percepción de aquellos sombríos y misteriosos matices fue muy vaga, casi inconsciente. A simple vista, no había en el mundo morada más alegre ni familia más dichosa que la de Norden. Y hubo de transcurrir algún tiempo antes de que pudiera empezar a intuir que pesaban sobre el lugar y las personas ocultos y abrumadores motivos de tristeza.

La casa, rodeada de un jardín, se hallaba situada a orillas del mar. Era de dos pisos, amplia y lujosa; a mí, pobre estudiante, me habían alojado en el entresuelo, en una habitación espléndida, como si fuera un personaje o un amigo intimo de la familia. El jardín era magnífico: a pesar de lo severo y pobre de la naturaleza circundante-rocas, arenas y pinos-, a pesar de las nieblas matinales y de la fría brisa marina,estaba poblado de árboles soberbios, tilos, abetos azules, nogales y castaños, y lo embellecían numerosos rosales y jazmines. Entre los árboles y los arbustos-que ignoro por qué motivo se me antojaban que siempre tenían frío- crecía un hermoso césped. Todos los que lo veían a través de la verja lo encontraban precioso y envidiaban a su propietario.

Norden estaba orgulloso de su jardín. A mí, cuando lo vi por primera vez, me encantó. Pero en su excesivo aislamiento, en la especie de desamparo de los árboles sobre el fondo verde, había algo que hacía pensar, de un modo vago, en una dolorosa injusticia, en un error irreparable, en una felicidad pérdida.

En los senderos no había huellas. ¿Por qué?. En la casa vivían numerosas personas. Norden se paseaba con frecuencia por el jardín, los niños que eran tres, pasaban en el buena parte del día; pero -lo recuerdo como si estuviera viéndolo- en los senderos no había huellas.

Norden, vanagloriándose un día de aquella extraña peculiaridad de su jardín, me dijo que la arena que recubría los senderos era una mezcla especial de arcilla y grava, sobre la cual no quedaban impresas las pisadas ni siquiera inmediatamente después de la lluvia.

-Es un capricho- añadió.

No le oculté que me parecía un capricho absurdo.

Norden se echo a reír, sin que yo acertara a explicarme el motivo de su hilaridad,y tocándome suavemente en el codo murmuró:

-Contemple usted el jardín al amanecer.

Como obedeciendo a una orden irresistible, al día siguiente me levantéal amanecer, limpiélos empañados cristales y miré al jardín: Tres oscuras siluetas avanzaban, encorvadas

sobre la arena, por los senderos. Me di cuenta de que eran obreros entregados a la tarea de borrar huellas. Aquello no me gustó.

Aparte de las huellas, hubiese resultado muy natural ver alguna vez en los senderos un juguete abandonado, una herramienta olvidada por el jardinero… Pero allí nadie olvidaba nada ni abandonaba nada. Las últimas hojas, amarillas, abarquilladas, caían sobre los árboles, caían de los árboles y parecían adherirse desesperadamente a la arena; pero las mismas manos dóciles que borraban las huellas no tardaban en llevárselas. A veces se me antojaba que alguien, quizás el propio Norden, luchaba sin tregua contra los recuerdos, tratando de crear en torno suyo el vacío, sin conseguirlo, ya que cuanto más abría su boca al vacío más cuerpo tomaban los recuerdos ahuyentados, las imágenes destruidas, las huellas borradas. Yo,que no poseía una gran capacidad de observación, sentía ya pesar sobre mí los recuerdos de un error fatal, de una felicidad desvanecida, de una triste verdad.

No tardé en convertirme en un espía, en un buscador de huellas. Mi imaginación, nada risueña a causa de mi dolorosa niñez y de una juventud no demasiado alegre, pobló aquel extraño jardín de crímenes y asesinatos. Los días soleados -muy raros aquel otoño- me reía de mis fantasías y las atribuía a mis pocos años.

Pero cuando las nieblas marinas inundaban la costa y el cielo de color plomizo parecía aplastar la tierra, se me encogía elcorazón al pensar en aquellos tres hombres que al amanecer, encorvados, recorrían los senderos del jardín.

No sé si mis indagaciones hubieran sido fructíferas sin la ayuda del propio Norden, que una tarde paseando en mi compañía por la playa, me mostró un montón de piedras pegadas en forma de pirámide. Las olas habían derribado algunas de las piedras y la pirámide había perdido parte de su forma primitiva, por cuyo motivo, sin duda, no me había fijado aún en ella.

-No es tan grande como la de Cheops -me dijo Norden-, pero es una pirámide.

Prorrumpió una carcajada -aquel hombre encontraba motivo de risa en todo- y añadió:

-Mi primera intención fue la de edificar una iglesia de estilo normando.¿Le gusta a usted el estilo normando? Pero me negaron el permiso…¡Quémezquindad de espíritu!

Guardé silencio. No sabía quédecir. Es algo que me sucede con frecuencia. Norden, tras una pausa lo bastante prolongada como para darme tiempo a hacer algún comentario o formular alguna pregunta, me explicó:

-En este lugar fue encontrado el cadáver de mi hija Elena. A este lado la cabeza, allí los pies. Creo haberle dicho ya que murió ahogada.

-¿Cómo ocurrió la desgracia?

-Una imprudencia juvenil -respondió Norden, sonriendo-. Embarcósola en una lancha; se levantó un viento muy fuerte y la lancha zozobró.

Contempléel mar, gris y un poco agitado. Hasta muy lejos de la orilla, el mar no cubría del todo las rocas de que estaba salpicado el fondo.

-El mar es aquí muy poco profundo -observé.

-Si, pero ella se alejó más de lo debido.

-¿Por qué lo hizo?

-Los jóvenes, amigo mío, suelen ir demasiado lejos -respondió Norden, sonriendo y tocándome suavemente el codo.

Y empezó a hablarme de sus dos magnificas lanchas a la sazón guardadas, ya que sólo las utilizaba durante la primavera y el verano.

-¿Y se encontró también la lancha? -interrumpí.

-¿Cuál?

-La de la desgracia.

-¡Oh, sí! El mar la arrojóa la playa. Lahice pintar de un color distinto. Es la más fuerte y la más marinera de las dos. Ya tendrá usted ocasión de comprobarlo, cuando llegue el buen tiempo.

Después de aquella conversación -que a pesar de no haberme revelado nada concreto, se me antojaba que me había revelado muchas cosas-, la ruinosa pirámide fue otra de mis preocupaciones, durante algún tiempo.¿Por qué aquel hombre, que borraba implacablemente todas las huellas, que había mandado a pintar de otro color la lancha en la cual había perecido a su hija, había erigido aquella especie de monumento en memoria de la difunta? ¿Se trataba de un arrebato sentimental, o de una de esas faltas de lógica en que suelen incurrir los hombres más consecuentes?

Sin embargo, no tardéen dejar de formularme semejantes preguntas, atraída mi atención por algo que me inquietaba más que la pirámide, más que los melancólicos árboles del jardín: el mar. La profunda tristeza que pesaba sobre aquella mansión y sobre sus moradores debía de tener su principal origen en el mar.

En el mar…

II

Antes de seguir adelante debo hablar de mi vida entre aquellas personas tan raras, tan desagradables y tétricas a pesar de su aparente regocijo.

Por la mañana ejercía mis funciones docentes por espacio de dos horas. Mi discípulo, Volodía era un muchacho de ocho años, muy bien educado, cortés como un *gentleman*, estudioso y dócil. No apoyaba, como otros discípulos que yo había tenido, las rodillas en el borde de la mesa, ni se metía los dedos en las narices, ni derramaba la tinta, ni decía sandeces. Escuchaba mis explicaciones conun aire tan grave como si yo fuera el rey Salomón y él uno de mis súbditos. Ignoro si me consideraba realmente como un sabio; pero aquella grave atención, que parecía atribuir un enorme valor a cada una de mis palabras, me azoraba mucho.

Todos los días, excepto los festivos, a las diez en punto aparecía ante mi mesa la cabeza rubia, pelada al rape de Volodía, y a las doce en punto desaparecía. El rostro del muchacho era achatado, pálido, desprovisto de cejas, y los ojos, muy separados y de color claro,

destacaban en él con gran relieve, como si estuvieran en un plato. El pobre niño no tenía mucho que agradecerle a la naturaleza desde el punto de vista estético.

“Quizá con el tiempo mejorase su aspecto”, pensaba yo. A pesar de su aire respetuoso y su prudencia, no me era simpático. He dicho “a pesar”, y debí decir “acausa”; yo lo encontraba demasiado dócil y cortés. Sólo se reía cuando una persona mayor bromeaba, lo hacia para complacerla. En su inexpresivo semblante sólo se pintaba la alegría, el asombro, el horror o la tristeza cuando algún adulto decía algo que “debía” alegrar, asombrar, horrorizar o entristecer a sus oyentes. No parecía un niño, sino alguien que representaba concienzudamente el papel de un niño. Incluso cuando jugaba lo hacía a las instancias de las personas mayores, y como si hubiese aprendido a jugar en sueños. Sus dos hermanitos -un chiquillo de siete años y una niña de cinco- no podían haberle enseñado: no jugaban nunca.

Yo veía muy poco a los hermanos de Volodia. Siempre estaban con su vieja aya inglesa, con la cual no podía conversar debido a mi desconocimiento del idioma.

Traté de acostumbrar a mi discípulo a que paseara conmigo; pero lo hacía de un modo absurdo, artificial, como un autómata, como un niño de madera o de celuloide; bien educado, eso sí.

Una tarde bajé al jardín y lo vi sentado en un banco muy limpio, junto a un sendero, también muy limpio y sin huella alguna. Volodia estaba llorando. Tenía una rodilla entre las manos y se mordía el labio inferior. Era la primera vez que percibía en su rostro una expresión verdaderamente infantil. Sin duda se había caído y lastimado seriamente. En cuanto advirtió mi presencia, dejóde llorar, se puso en piey salió a mi encuentro, cojeando ligeramente.

-¿Te has lastimado Volodia?-inquirí.

-Sí.

-Llora, llora…

Me mirófijamente, como para convencerse de que hablaba en serio, y respondió.

-Ya he llorado.

No me habría sorprendido oírle añadir “gracias”, como el protagonista de la antigua anécdota. ¡Hasta tal punto era fino aquel absurdo hombrecito!

Mis deberes pedagógicos, como ya he dicho, se reducían a las dos horas diarias de clase; en consecuencia, me pasaba gran parte del día paseando, si el tiempo lo permitía, o leyendo en mi cuarto. Norden había puesto a mi disposición todos sus libros, que eran muy numerosos, proporcionándome con ello una gran alegría. A veces leía en la biblioteca, para lo cual me había dado permiso también Norden, y allí me encontraba a mis anchas. Cómodos divanes, grandes mesas cubiertas de revistas, estanterías repletas de libros lujosamente conservados, silencio…un silencio más absoluto que el que reinaba en mi aposento, ya que la biblioteca se encontraba en el segundo piso, donde no llegaban los únicos ruidos de la casa, todos provocados por Norden, ignorocon quéobjeto, haciendo ladrar a los perros, cantar a los niños y reír a cuantos le rodeaban.

A la hora de las comidas nos reuníamos en el comedor los niños, el aya, Norden y yo. Nunca había invitados, si se exceptúa un alemán gordo y taciturno que almorzaba a veces con nosotros y que sólo abría la boca para comer y para reír cuando Norden contaba algún chascarrillo. Creo que era el administrador de Norden.

Durante las comidas reinaba una ruidosa alegría: continuamente resonaban estrepitosas carcajadas, con motivo o sin él. El amo de la casa utilizaba todos los recursos para excitar la hilaridad de los comensales. El aya se desternillaba de risa, a pesar de que no comprendía ni la mitad de lo que Norden decía: al parecer, todo el mundo estaba obligado a reírse.

Los primeros días, no solía tomar parte de este regocijo, lo cual turbaba e incluso afligía a Norden.

-¿Por qué no se ríe usted?-me preguntaba mirándome a los ojos con aire angustiado-.¿No le ha hecho gracia?

Y me repetía el chascarrillo, aclarándome en qué consistía su comicidad. Y sí, a pesar de todo yo continuaba serio o me limitaba a sonreír, se ponía nervioso y contaba otro chascarrillo, y otro, y otro, extrayéndome la risa como se extrae el agua de la manteca. De haberme obstinado en no reír, creo que Norden hubiera empezado a llorar y a besarme las manos, suplicándome por el amor de dios la limosna de mi risa, como si su vida peligrase y mis carcajadas pudieran salvarla.

No tardéen reírme como los demás; la risa estúpida, imbécil, ensanchaba mi boca, como el freno ensancha la de un caballo. Y, lleno de dolor y de horror, a veces experimentaba, estando solo en mi habitación o en la playa,unos locos deseos de reír…

Durante algún tiempo, al no ver en la mesa más que a las personas mencionadas, creí que la familia de Norden se reducía a sus tres hijos. Pero un día, al final del almuerzo, oí que alguien tocaba el piano en el piso alto, en el ala separada de la biblioteca por un pasillo, en cuyo extremo había una puerta, siempre cerrada.

Quedé asombrado y, contra todas las convenciones -nunca he sabido adaptarme a ellas-, pregunté:

-¿Quién está tocando?

Norden respondió, risueño:

-Es mi esposa. Perdone. Me había olvidado ponerle en antecedentes. Mi esposa no goza de muy buena salud, la pobre, y no sale de su habitación. Pero es inteligentísima; y toca el piano maravillosamente. ¡Escuche, escuche!

Pero la música era muy triste y Norden se turbó.

-¡Toca maravillosamente!-repitió, golpeando el borde del plato con el cuchillo.

Un instante después se puso de piey echo a correr escaleras arriba.

No habían transcurrido dos minutos cuando volvió a bajar y exclamó, en tono jubiloso:

-¡Niños! ¡Miss Moll! ¡A bailar! ¡Mamáquiere que bailenun poco!

En efecto, a la música triste sucedió la de un baile de moda, rápido y semiepiléptico. La ejecución, ahora, era mucho menos limpia, y Norden me explicó:

-Es una pieza nueva que acaban de mandarnos de Petersburgo. Un baile encantador. Este otoño lo está bailando toda Europa.

Y gritó:

–*Tanziren, meine, kindem, tanziren* (¡Bailen,hijos míos, bailen!) ¡Y usted también, Miss Moll!

Y los tres dóciles muñecos empezaron a girar sobre sí mismos; la pequeña seguía con los ojos los movimientos de los mayores y los imitaba, levantando los brazos y agitando torpemente las piernas. Era la única cuya alegría me parecía verdadera, cuya risa no se me antojaba ficticia. Miss Moll, remedando a los niños, danzaba también, con la misma gracia de un caballo de circo obligado por el domador a andar sobre sus patas traseras. Norden batía palmas llevando el compás, lanzaba gritos de estimulador entusiasmo y, de pronto, como si no pudiera resistir la tentación, empezó a bailar. Mientras bailaba me dijo:

-¿Por qué no baila usted?

Luego se detuvo y me suplicó:

-¡Baile un poquito! ¡No nos niegue este gusto! Si no sabe, Miss Moll le enseñará.

Pero me negué en redondo.

Cuando se llevaron a los niños, acaloradísimos, Norden encendió un cigarro y me preguntójadeante:

-Somos la familia más alegre del mundo, ¿verdad?

A partir de aquel día oí música casi a diario procedente del piso alto, unas veces tristes, y otras la más alegre y no muy bien interpretada. Norden siempre que efectuaba un viaje a Petersburgo, traía nuevas partituras, la mayoría de ellas de los nuevos bailes que estaban de moda en Europa. Iba muy a menudo a la capital, a donde lollamaban importantes asuntos; pero su ausencia no solía prolongarse más de un par de días, a lo sumo.

¿A quéobedecía el aislamiento de su esposa? “Tal vez ese misterio y el de la gran tristeza que planea sobre esta casa y sobre sus habitantes sean el mismo misterio”, pensaba yo. Pero todas mis tentativas de averiguar algo resultaban estériles. A los criados no quería preguntarles nada; constituíauna falta de delicadeza y, además, los criados parecían estar tan *in albis* como yo en lo que respecta a las intimidades de la familia. El respetuoso Volodia era un consumado maestro en el arte del disimulo.

-¿Cómo esta tú mama?-le pregunté un día-. ¿La has visto esta mañana?

-Sí. Todas las mañanas subimos a verla. Siente mucho no poder conocerlo a usted…

-¿Está muy enferma?

-No…Toca muy bien el piano. Tiene mucho talento.

-¿Llora mucho?

-¿Mamá? -exclamó Volodia, asombrado-.¿Por qué habría de llorar?

-Esta siempre riéndose, ¿eh? -inquirí, en tono sarcástico.

-¿Acaso es malo reírse? -replicó el más respetuoso de mis discípulos, dispuesto, sin duda, a mostrarse jovial o saturnino, según lo que yo aseverase.

Una noche o, mejor dicho, un amanecer (los tres obreros estaban ya entregados a la tarea de borrar huellas), algo, en mi opinión relacionado con la pianista invisible, provocósúbitamente una gran agitación en la casa. Se oyó caer no séqué; alguien profirió un grito de espanto o de dolor, y por el pasillo al cual daba la puerta de mi habitación pasaron varios criados con velas encendidas.

-¡No ha sido nada! -oí que decía Norden-. Un simple susto…El viento ha arrancado un postigo de la ventana, y el ruido…

El viento, en efecto, era muy fuerte. Aullaba en las chimeneas, se estrellaba furiosamente contra los muros y rugía a sus anchas en las alturas. Pero Norden había mentido: al hacerse de día pude comprobar que no se había caído ningún postigo.

Mientras contemplaba las ventanas, en busca de una que careciera de un postigo, vi por primera vez, detrás de los cristales de una de ellas, a la esposa de Norden. Sus ojos grandes y profundos estaban clavados en el mar. En contra de lo que yo suponía, no era vieja, sino joven y bella.

-¿Qué edad tiene su esposa?-le pregunté aquella tarde a Norden, quien me inspiraba cada día menos respeto.

-Veintinueve años.

-Entonces, Elena…

-Elena era hija de mi primer matrimonio. Estoy casado en segundas nupcias.

III

Aquella noche eché de menos mi diario: me lo habían robado. La pueril y obstinada lucha contra toda huella lo había hecho desaparecer, sin duda. Pero el ladrón no consiguió nada con aquel acto tan innoble, recuerdo perfectamente todo lo que vi y experimentéhasta el momento en que el horror extinguió mi conciencia por largo tiempo. Y las huellas grabadas en mi memoria no podrían borrarlas los tres hombres que al amanecer recorrían los senderos del parque.

¿Cómo iba a olvidar aquel mar poco profundo, desesperadamente triste y tan llano que hacía dudar de la redondez de la tierra? Yo había asociado siempre la idea del mar a la de los barcos; pero desde aquella playa no se veían barcos; entre aquella orilla y toda ruta de navegación se interponía la remota y brumosa línea del horizonte. Y el agua se extendía en un desierto gris, un tedio infinito parecía pesar sobre las diminutas olas, las cuales trataban en vano de alcanzar la costa, buscando el eterno reposo.

Una o dos veces vi a lo lejos una barca de pesca avanzando con tanta lentitud que tardé un rato en convencerme de que no era una roca.

A la horrible noche de viento de que he hablado, sucedieron siete u ocho días de calma, nada fríos, pero muy húmedos; la niebla pesada y opaca, convertía el día en un crepúsculo interminable y desalentador. El mar había retrocedido, dejando al descubierto pequeñas islas y archipiélagos de arena. Una tarde echéa andar a través de aquel mundo fantástico. Al atravesar las islas en un par de pasos, al cruzar de un salto de una u otra, me parecía ser un gigante, un ente casi sobrenatural que pisaba por primera vez la tierra, recién creada y desierta.
Al llegar junto al agua, las pequeñas y plácidas olas se me antojaron enormes, colosales, comodebieron ser en los primeros días del mundo.

Inclinándome sobre la arena, escribí con el dedo un nombre: “Elena”. Las cinco letras, aunque no muy grandes, ocupaban buena parte de una isla y parecían gigantescas. Más que leerse, hubiérase dicho que la palabra se oía, que era un grito dirigido al cielo, al mar, a la tierra…

¿Por qué no me guié, al regresar a la playa, por las huellas de mis pasos? Avanzando y retrocediendo en busca de un camino seco, se me hizo de noche y me desorienté. Cada vez que mis pies tocaban el agua, retrocedía, temiendo hundirme. Por fin me decidí a avanzar en línea recta, al azar, sin detenerme ante los charcos, y, lleno de alegría, no tardéen divisar delante de mí la oscura masa de la pirámide de piedras. La casualidad me había llevado al lugar donde fue encontrado el cadáver de Elena.

-¿Por qué vive usted aquí? -le pregunté aquella noche a Norden-. ¡Este mar es tan lúgubre!

Mis palabras parecieron entristecerlo. Volvió ansiosamente la cabeza hacia la oscura ventana.

-¿Lúgubre? No…Cuando se familiarice usted con él, le encantará.

Me encantaba ya,pero con el encanto y la fascinaciónde la tristeza y el miedo. La atracción que ejercía sobre mi era un mortal veneno, del cual tenía que huir.

Sin darme tiempo, para contestar, Norden empezó a contar un chascarrillo, y al terminar me suplicócon la mirada que no le negara mi risa. Me senté delante de él y los dos prorrumpimos en carcajadas.

¡Qué estupidez y qué bajeza!

De los días siguientes hasta el 5 de diciembre, no recuerdo nada, como si los hubiera pasado sumido en profundo sueño. El 5 de diciembre cayó la primavera, nevada, copiosísima. Yaquel día empezaron a ocurrir las cosas extraordinarias que hicieron más inquietante para mí el misterio que, a veces, se me figura una siniestra fantasía o un imaginario cuento de terror.

Trataré de ser lo más exacto posible y de no omitir ningún detalle importante, aunque su relación con los acontecimientos no sea directa. Yo atribuyo una importancia capital a la aparición de aquel ser extraordinario que parecía concentrar todas las fuerzas oscuras, toda

la tristeza que pesaba sobre la maldita casa de Norden, todo el dolor que incluso a mí, un extraño, había de arrastrarme en su terrible torbellino.

El 5 de diciembre cayó, como ya he dicho, la primera nevada. Empezó al amanecer y durótoda la mañana. Cuando terminaba la clase de Volodia salí al jardín, todo estaba blanco y silencioso. Dejando profundas huellas de mi paso, llegue a la playa. Y proferí un grito de asombro al ver que ya no había mar. Horas antes empezaba allí la superficie helada, casi opaca; ahora, la vista no tropezaba con límite alguno entre el mar y la tierra, ambos cubiertos con el mismo blanco sudario.

Obedeciendo a ese impulso que nos asalta ante toda superficie lisa e intacta, me quitéel guante de lamano derecha y escribí con el dedo en la nieve “Elena”.

La pirámide se había convertido en una colina blanca de suaves contornos, en algo sumiso y como muerto por segunda vez y para siempre. “A este lado la cabeza, allí, los pies…” Resultaba difícil imaginar en aquella superficie. Impasible las olas y la lancha volcada. Y me pareció que se me quitaba un peso de encima.

“No estaría de más -me dije- un viajecito a Petersburgo, para asomarme a la Universidad”.

En aquel momento, Norden se me antojaba un hombre extravagante y desagradable, aunque inofensivo. ¿Quéme importaba que contara chascarrillos e hiciera bailar a su familia? Lo que a mí me interesaba era reunir algún dinero y marcharme.

“¿Cómo vas arreglártelas para borrar las huellas?”, pensé, riéndome, mientras regresaba a la casa. Y evitécuidadosamente pisar ya las existentes, a fin de dejar el mayor número posible de ellas.

Al día siguiente -y al otro, y al otro, y al otro, si tardaba en volver a nevar- sería para mi un placer, casi un orgullo verlas.

Los árboles del jardín ya no producían la impresión de tristeza y de soledad a que me he referido: parecían sumidos en un tranquilo sueño. Lo único que descomponía la placidez del paisaje eran los cajones de madera que Norden había hecho construir para abrigo de algunos árboles meridionales. Yo no había visto nunca proteger los árboles contra el frío de aquella forma, y los altos y extraños me oprimían el corazón; semejaban ataúdes en pie, dispuestos a tomar parte en una macabra procesión. “Estoy orgulloso de mi invento”,decía Norden, con gran indignación de mi parte.

Hacíados días que Norden se había marchado a Petersburgo, y en la amplia mansión, que yo no conocía aún en su totalidad, reinaban un silencio y una calma absolutos; los niños permanecían con el aya en sus habitaciones, quietos y callados, y la servidumbre no hacia tampoco el menor ruido; en el piso alto, una mujer joven y bella,víctima de fuerzas desconocidas, languidecía solitaria…

Permanecí casi una hora en la biblioteca, pero no tenía ganas de leer; me sentía extrañamente excitado. La casa, silente y misteriosa, despertaba en mi alma una viva curiosidad y una vaga sed de aventuras. Tras cerciorarme de que nadie podía verme, empujéla puerta que daba a las habitaciones situadas al otro lado del pasillo y penetré en ella de puntillas. Crucé dos amplias estancias, avancé a lo largo de un corredor y salí al rellano de una escalera interior cuya existencia desconocía. Delante de la escalera había una

puerta encerrada. “Ahí dentro estála enferma”, me dije. Intenté abrir la puerta, pero me resultóimposible. No sabía qué hacer. Por mi cerebro cruzóla idea de llamar, pero no me atreví a hacerlo.

Permanecí allí largo rato, turbado por aquel silencio que lo envolvía y penetraba todo y miraba con sus ojos blancos a través de la claraboya. Súbitamente oí un rumor de pasos en la planta baja y regresé apresuradamente a la biblioteca. Cogí un libro y con él en las manos me quede dormido en un diván, llevándome al reino del sueño la visión del mundo taciturno y cubierto de nieve.

Después de cenar me retiré a mi cuarto y, tras anotar en mi diario las impresiones del día y escribir dos o tres cartas, me acosté; pero, como me había pasado la mayor parte de la tarde durmiendo, no tenia sueño,y estuve cerca de dos horas despierto, atento el oído al silencio, la mirada atenta a las tinieblas. Más allá de la ventana, velada por un blanco visillo, reinaba la noche blanca; las nubes sumían y deshabilitaban la luz de la luna.

Creo que empezaba a quedarme dormido cuando experimentéla súbita sensación de que delante de la ventana, en el jardín, había alguien. Me incorporé. Una sombra se dibujaba en el visillo.

Dado que mi habitación se encontraba en el entresuelo y la altura de la ventana era escasa, supuse que alguno de los criados habría salido llevándose únicamente la llave de la verja y no se atrevía a llamar a la puerta principal. Con una claraangustia, a pesar todo, me levanté, me acerquéa la ventana y descorrí el visillo. Un hombre, al cual el antepecho de la ventana le llegaba un poco más debajo de la barbilla, se erguía en la oscuridad, inmóvil y mudo. Le dirigíuna especie de saludo con la mano, pero no él ni se movió. Di unos golpecitos con los dedos en el cristal: el mismo silencio y la misma inmovilidad.

-¿Qué es lo que desea? -le pregunté en voz baja, sin acordarme de que era invierno y los cristales dobles no le permitieron oírme.

Viendo que continuaba sin moverse y sin hablar, me indignéy decidí salir al jardín a repetirle la pregunta, pero antes de que acabara de girar sobre mis talones la misteriosa figura empezó a alejarse lentamente, sus hombros eran muy anchos y se tocaba la cabeza con un sombrero hongo. En su aspecto no había nada extraordinario. A pesar de todo, empecé a vestirme para bajar al jardín; pero a medida que me vestía, iba sintiéndome menos resuelto, y terminépor decirme, con fingida indiferencia: “Mañana averiguaré de quése trata”.

Al día siguiente interroguéa los criados; pero me aseguraron que ninguno de ellos había salido la noche anterior, y que nadie había visto al hombre del sombrero hongo. El portero me respondió sin inmutarse. En cambio, ellacayo Iván, visiblemente turbado, inquirió a su vez:

-¿Estáusted seguro de que era un hombre con sombrero hongo?

-Completamente seguro-afirmé.

Mi respuesta pareció tranquilizarlo.

Más tarde me enteré de que la servidumbre estaba atemorizada por la supuesta presencia de un espectro; pero se trataba del espectro de Elena, ahogada en el mar. Era un temor vago y poco serio, una de esas supersticiones frecuentes en las casas donde ha sucedido algo trágico.

Con la esperanza de descubrir allí la clave del enigma, me dirigí a la parte del jardín que caía al pie de mi ventana y lo que vi me sorprendió desagradablemente: no había huellas en la nieve y, además, la altura de la ventana era mayor de lo que yo había imaginado; aunque mi estatura es más que mediana, me costó trabajo alcanzar el borde del antepecho con las puntas de los dedos. A juzgar por este detalle, el desconocido tenía que ser desmesuradamente alto…o sostenerse en el aire, como un fantasma.

“He sido víctima de una alucinación”, me dije.

La explicación resultaba bastante lógica;la atención sostenida, angustiosa, con que yo observaba todo en aquella casa, mi constante presentimiento de algo maravilloso, podían haber debilitado mis nervios hasta el punto de hacerme ver, en este siglo ilustrado y escéptico, un fantasma. Sin embargo, se me ocurrían algunas objeciones contra aquella hipótesis:yo estaba fuerte, sano, mi cerebro funcionaba perfectamente, en mis sensaciones no había nada anormal. Además, era muy raro que mis nervios, debilitados, me hubieran hecho ver un ser que por su aspecto no se apartaba de lo vulgar; un ser sin relación alguna con mis pensamientos y mis sospechas. Lo lógico hubiese sido que mi imaginación enferma me hubiera presentado la imagen de Elena, y no la de aquel caballero taciturno, tocado con un sombrero hongo.

Pero a pesar de que no encontré respuesta a tales objeciones, no tarde en tranquilizarme.Durante el día no ocurrió nada digno de mención. Por la noche regresóNorden.Cuando estábamos terminando de cenar nosdijo que había traído la partitura de un nuevo baile de moda. Unos instantes después, la pianista invisible lo interpretaba, reflejando en la ejecución,un poco insegura, su desconocimiento de la pieza. Los niños bailaban, Miss Moll daba vueltas como un caballo de circo, el amo de la casa imitaba, cómicamente, a los danzarines de ballet. Todos nos desternillábamos de risa.

De pronto, al volver los ojos casualmente hacia una ventana, me pareció ver una figura humana en las tinieblas. Miré más fijamente detrás de los cristales:no había nadie; mi estúpida imaginación me había engañado. Pero Norden observómi fugaz inquietud

-¿Por qué estás tan serio? -me preguntó-. ¿No te gusta el nuevo baile? ¡Anímense, anímense! Si no, Miss Moll le impondrá un correctivo.

Y señalándome con el dedo, le dijo a Miss Moll algo en inglés, que la hizo prorrumpir en estridentes carcajadas. Luego, continuando la broma, la obligo a acercarse a mi, la cogió por la muñeca y con la mano de la anciana me dio unas palmaditas en el hombro.

-¡Arrodíllensea sus pies y suplíquenleque baile un poco! -les dijo a continuación a los niños, los cuales se apresuraron a obedecerle.

Luego, dirigiéndose al aya, añadió:

-¡Y usted también!

El aya se postróa mis pies y unió sus ruegos a los de los niños.

Yo no sabía quéhacer: todo aquello me repugnaba; pero, tratándose de una broma, no podía enfadarme.

-¡Ven tú también a arrogarle que baile, perillán! -le gritó Norden al lacayo Iván, el cual contemplaba la escena desde la puerta con ojos asombrados.

Y ellacayo entró y se prosternó al lado de la anciana.

En el piso alto, tan silencioso el día anterior, continuaba resonando la alegre música. Lo salvajemente grotesco de aquel regocijo me crispaba los nervios y me arrancaba carcajadas casi dolorosas; se hubiera dicho que me estaban haciendo cosquillas. Acabépor ponerme a bailar, y al pasar por delante de las ventanas, que se me antojaban innumerables, me preguntaba:

"¿Dónde estoy?" ¿Me habré vuelto loco?

Norden tardólargo rato en calmarse. Tuve que permanecer con él en el comedor hasta mucho después de que los niños se hubieran acostado, oyéndole hablar de la velada tan alegre que habíamos tenido, de la comicidad coreográficade Miss Moll, de lo bien que bailaba Volodia, de lo gracioso que estaban todos de rodillas a mis pies…

-Una velada así -me decía, dándome golpecitos en la rodilla con su blanca y cuidada mano- denota cultura, civilización. Vivimos en un verdadero desierto. A un lado el mar; al otro el páramo o poco menos. Y, sin embargo, bromeamos, reímos, bailamos…Mis amigos en Petersburgo me preguntan cómo puedo vivir aquí sin morir de tedio. ¡Si nos hubieran visto esta noche!

Y prorrumpió en una serie de carcajadas largas, insoportablemente largas.

-Deberíamos invitarles a un baile -continuó-, es una gran idea, ¿verdad?

Y empezó a pasear nerviosamente de un lado para otro, con el aire de un hombre a quien se le acaba de ocurrir una idea genial.

-Anoche…-empecé.

-¡Sí, si! Invitaremos a cincuenta, a cien amigos, y bailaremos todos. ¡Será una fiesta magnifica, un alarde esplendido de cultura, de civilización!

-Anoche…

De súbito, Norden, muy serio, se volvió hacia a mí, me mirófijamente y me preguntóen tono amable, cortés:

-¿Decía usted?

Me sentí sin fuerzas para contestar, comoside repente me hubiesen puesto un candado en los labios. De modo que no dije nada.

Aquella noche me quedéinmediatamente dormido. A las dos o las tres de la madrugada alguien me gritó:

-¡Arriba!

Me incorporé bruscamente. Un profundo silencio reinaba en la habitación, cuya puerta estaba cerrada con llave. “¡He oído esa voz en sueños! -pensé-. No es ningún fenómeno extraordinario”. Y cuando iba a tenderme de nuevo en la cama, advertí que había alguien en el jardín, delante de la ventana.

Era “él”. Me acerque a la ventana y, al igual que la noche anterior,le dirigí con la mano una especie de saludo, ahora menos pacifico; pero él, lo mismo que la noche anterior, no me respondió ni se movió. Observéque era altísimo y no se sostenía en el aire.

“No puede ser un fantasma”, me dije, con un suspiro de alivio, sin caer en la cuenta de que la visita nocturna de un gigante que no dejaba huellas no resultaba demasiado normal. Decidí salir al jardín; pero él pareció adivinar mi pensamiento y echóa andar, sin mucha prisa, a lo largo de la pared. Renunciéa vestirme, considerando que al hacerlo le permitiría al desconocido desaparecer antes de que pudiera echarle la vista encima.

“En realidad su actitud no tiene nada de terrible”, pensé, mientras volvía a acostarme.

Pero mis manos y mis pies estaban fríos como témpanos de hielo. Y empecé a temblar como si tuviera calentura.

IV

La noche del 7 de diciembre me acosté vestido, resuelto a dar alcance a mi nocturno visitante y enterarme de su identidad y deseos. No tenía miedo, pero la impaciencia y la cólera me impedían conciliar el sueño.

Mi espera resultóinútil: ni una sombra, ni un rumor detrás de los cristales en toda la noche.

Y en las dos siguientes tampoco. Con una facilidad asombrosa, dada las circunstancias, recobrécasi por completo la tranquilidad y empecé de nuevo a dormir a pierna suelta, sin acordarme apenas del desconocido.

El sábado, después de cenar -y no obligado, como de costumbre, a acompañar en la sobremesa a Norden, que se había marchado otra vez a Petersburgo-, subí a la biblioteca y me dediquéa examinar unos soberbios volúmenes en los cuales se resumía la historia del arte. El tiempo se me pasósin sentir y cuando miréel reloj de la estancia, que no daba campanadasa las horas, vi que eran ya las 11:15. Como yo acostumbraba a acostarme a las 11, me puse en pie apresuradamente. Mientras recogía mi cuaderno de apuntes dirigí una mirada indiferente a la ventana. Detrás de los cristales,con la barbilla a medio palmo de distancia del antepecho, estaba “él”. Mi sorpresa fue tan grande que el cuaderno se me cayó al suelo. Al agacharme a recogerlo, pensé: “Tal vez cuando levante la cabeza ese hombre no estará ahí”.

Pero mi esperanza no se realizó. La luz de la lámpara iluminaba el rostro del desconocido, un rostro tranquilo, nada terrible, afeitado, de facciones correctas. Representaba unos treinta y cinco años. Lo único que no pude verle fueron los ojos a pesar de que también los iluminaba la luz de la lámpara; parecían quedar ocultos detrás de su propia mirada, fija en mi: una mirada inmóvil, dura -casi en el sentido táctil de la palabra-, una mirada horrible.

No séhasta cuándo hubiese continuado mirándome si, ofendido por su insolencia, no me hubiese acercado a la ventana, gritando :

-¡Sinvergüenza!

El desconocido me volvió lentamente la espalda. Y un instante después se había hundido en la negrura de la noche.

Estalléen una carcajada y empecé a pasearme excitado y nervioso, a través de la estancia.

-¿Habrase visto semejante sinvergüenza? -murmuré.

Y cuando, en el colmo de la indignación, me disponía, a pesar de lo intempestivo de la hora, a despertar a los criados y hacerles buscar al intruso por el jardín, recordé con repentino pasmo que la biblioteca se encontraba en el segundo piso.

Aquella noche significópara mi el principio de una persecución encarnizada, implacable, cuyo objetivo trataba en vano de explicarme. Durante algunos días el desconocido continuópresentándose únicamente de noche; luego empezó a mostrarse el atardecer, o, mejor dicho, a partir del atardecer, ya que no se contentaba con una visita diaria.

No sé si podrían llamarse visitas a aquellas súbitas apariciones, tan pronto detrás de los cristales de una ventana como de los de otra. Recuerdo que en cierta ocasión, para librarme de su presencia, me trasladérápidamente a una habitación del extremo opuesto de la casa: al llegar allí, comprobé que el desconocido había andado más deprisa que yo y estaba esperándome delante de la ventana.

Nadie en la casa daba muestra de haber advertido lo que sucedía. La vida seguía su curso habitual, frío y triste, turbado únicamente por la absurda y ruidosa alegría de Norden. ¿Por qué no lloraban nunca aquellos niños? ¿Por qué no tenían rabietas? Una tarde, al volver a mi cuarto, después de un rato de lectura en la biblioteca, me detuve en el pasillo del entresuelo, estupefacto, al oír lloriquear a la niña; el hecho resultaba tan insólito, tan extraordinario, que abrí suavemente la puerta de la habitación donde sonaba la quejumbrosa vocecilla. La niña estaba sola, en un rincón, de cara a la pared. En una mano tenía una muñeca tuerta, y con la otra se secaba las lágrimas. Al oírme cesóde lloriquear; pero no se volvió, limitándose a esconder la muñeca.

-¿Estas castigada? -le pregunté, inclinándome sobre ella, pero sin atreverme a tocarla, pues su dolor, sin saber porqué, me pareció sagrado, intangible.

Tuve que repetirle tres o cuatro veces la pregunta; finalmente me contestóen voz muy baja:

-No, no estoy castigada.

-¿Quieres que te lleve un ratito a mi cuarto, guapa?

No me contestó, pero dejócaer la muñeca, y si no en su rostro -que continuaba casi pegado a la pared-, en sus bracitos, en sus hombros, en su cabeza pisada, vi reflejarse una medrosa vacilación.

Me disponía a cogerla en brazos y llevármela, cuando oí la risa de Norden en la escalera y salí al pasillo precipitadamente.

V

Tenía que marcharme. Cuando se me ocurrió aquella idea salvadora comprendí que no debía demorar el ponerla en práctica,pero algo más fuerte que la voz de la razón, débil y opaca, me encadenaba a aquel lugar, paralizaba mi voluntad y me adentraba más y más en aquel circulo de misterio y horror. La tristeza y el miedo tienen su encanto, y el poder de las fuerzas oscuras sobre las almas que no hanconocido nunca la alegría es muy grande. Casi sin vacilar, rechacé la idea salvadora.

Acaso contribuyera a ello el delicioso tiempo que había sucedido a los tristes días del otoño. El frío nocturno cubría de nuevo las ramas de los árboles, lasembellecía con el milagro de un nuevo follaje, en cuya blancura la luz áurea del sol ponía rutilantes destellos que no solo deslumbraban los ojos, sino también el alma.

“Él” había dejado de presentarse. Norden, con sus risas y sus chascarrillos, estaba en Petersburgo, y en la casa reinaba el silencio, un silencio tan profundo como si hubieran cesado todos los ruidos de la tierra. Durante aquellas horas felices llenas de paz, mi alma se mecía en el olvido de los horrores de la noche. La tierra,de día, era tan distinta…

Por la mañana me calzaba los patines y me dirigía al lugar donde se alzaba la pirámide; y mis ojos se recreaban en la contemplación del nombre -Elena- que había escrito en la nieve.

Al volver a la casa miraba obstinadamente hacia la ventana de la habitación donde vivía y sufría la señora Norden, con la esperanza de ver otra vez, aunque solo fuera un instante, su joven y pálido rostro. Pero nadie aparecía detrás de los cristales. Se hubiera dicho que en aquella habitación no había nadie, que la señora Norden, aquella extraña mujer de la que nadie hablaba, era ya tan del otro mundo como Elena.

Aunque nadie hablaba de ella, los niños subían todos los días a su cuarto, y algunas veces, muy de tarde en tarde, se oía una campanilla cuyo sonido era distinto al de todas las demás; la señora Norden llamaba. Me parecía inverosímil que la puerta de su habitación se abriera como cualquier otra puerta, que aquella mujer enigmática le diera órdenes a la doncella. La doncella no contaba nunca nada de “la señora”.

A mediados de diciembre regresó Norden. El tiempo volvió a empeorar y cayóuna copiosa nevada, la cual cubrió con un espeso y frío sudario el nombre de Elena. Con el mal tiempo volvió “él”, y nuestras relaciones entraron en una nueva fase.

El domingo 18 de diciembre, después de almorzar, Volodia y yo nos acercamos a la ventana. La nieve caía en grandes copos sobre el melancólico jardín. Súbitamente apareció “él”. Era la primera vez que se me presentaba en pleno día y encontrándome acompañado. Estaba a dos pasos de distancia de la ventana, y los blancos copos se posaban en su sombrero y en sus hombros como en los de cualquier mortal. Pero, más que en él, mi atención estaba centrada en Volodia. Los ojos del niño -no cabía duda- veían al desconocido, lo miraban. Y cuando, transcurrido unos instantes, el desconocido dio media vuelta y empezó alejarse, Volodia dio un paso hacia adelante, como si se dispusiera a seguirle.

-Lo ves, ¿eh? Lo ves -dije-, en tono áspero.

Tranquilamente mintiendo como un adulto,Volodia respondió:

-No séde qué me habla. No veo más que la nieve.¿Acaso ve usted otra cosa?

-¡Si!

-¿Qué es lo que ve?

Convencido de que continuaría mintiéndome, renuncié a la esperanza de enterarme de algo por mediación suya.Al día siguiente sucedió lo mismo, excepto por el detalle de que la persona que estaba a mi lado en el hueco de la ventana no era Volodia sino Norden, no menos mentiroso que su hijo. Después de permanecer unos instantes inmóvil ante nosotros, el desconocido se retiró. Y Norden, que lohabía visto desde el primer momento,losiguió con la mirada.

-Muy divertido, ¿verdad? -le pregunté en tono sarcástico.

-Celebro mucho verle a usted, por fin, de buen humor -respondió Norden, con un asombro muy bien fingido-, pero no sé de quéme habla.

-¿No lo ha visto usted?

-No.

-¡No es cierto! ¡La forma de su respuesta lo ha traicionado!

Norden se quedómirándome serio, grave. Abrumado por la impotencia y la desesperación, grité:

-¡No estoy dispuesto a continuar guardando silencio!

Al oír aquella estúpida frase, Norden puso una cara muy amable, absolutamente amable; me abrazó, casi me besó, y me formulómil preguntas acerca del motivo de mi descontento.

-¿Loha ofendidoa usted alguien? ¿Algún criado, quizás?En mi casa no permitiré…¡Dígame el nombre del culpable! El que se haya atrevido…¿No? ¿no loha ofendido nadie? Entonces, ¿qué le pasa? ¿Qué es lo que loexaspera? ¿Qué es lo que loirrita? Lo adivino:se aburre usted. ¡Sí, sí, no me lo niegue! Yo también he sido joven…¡Oh, la juventud!

Y el desconcertante individuo se extendió en consideraciones filosóficas de una filosofía jovial, humorística,sobre la juventud, no sé si burlándose de mí, o tratando de ahogar el donaire de su propia angustia. “¡Alégrese! ¡Ríase!”, me decía, de cuando en cuando, en un tono entre suplicante y amenazador.

-¡Sí, hay que divertirse, hay que divertirse! -continuótras una breve pausa-, ¿qué podríamos inventar? Podríamos organizar una fiesta…¿No se le ocurre nada? En estas fechas nada tan apropósito como un árbol de navidad…¡Sí, sieso! ¡Un árbol de navidad monstruo! Mañana mismo harécortar el mayor de los pinos de estos alrededores y lo haré instalar en el salón. Hay que enviar inmediatamente a alguien a Petersburgo para que traiga todo lo necesario. Voy a hacer una lista…

Así terminó nuestra conversación. Apartir del día siguiente la casa se vio invadida por una ruidosa actividad, mientras en mi alma de amontonaban negras tinieblas. Instalaron en el salón un pino enorme, iluminando su copa con velas de colores. Al acre olor de la resina se mezclaban el fúnebre color de la cera. Subidos a una escalera sostenida por el propio

Norden, Miss Moll, los niños y yo colgábamos en las ramas los regalos, con hilos de plata. Luego bailamos y cantamos alson de alegres melodías, interpretadas por la invisible pianista del piso alto.

Y he aquí lo que pasóla noche del día en que tuvo lugar mi conversación con Norden. Aquella conversación, o, mejor dicho, mi propia tontería, me indignótanto que decidí salir enseguida de mi pasividad y obrar de un modo enérgico y decisivo. Después de cenar, anotéen mi diario las impresiones del día, me acosté vestido y esperé, lleno de impaciencia, la aparición del desconocido. Mi tensión nerviosa era tan intensa que las horas me parecían siglos y tenía que hacer un gran esfuerzo para reprimir el deseo de llamar a mi perseguidor. Era ya cerca de la una cuando intuí su silenciosa y sombría presencia.

Salté de la cama; me acerquérápidamente a la ventana y descorrí el visillo. En efecto,estaba allí. Mis ojos se clavaron, airados, en su sombría figura de anchos hombros, loamenacécon la mano y me dirigí hacia la puerta. Él dio también media vuelta.

Cuando lleguéa la puerta del jardín encendí una cerilla y a su claridad descorrí el cerrojo. El hierro estaba tan frío que me quemóla mano. Abrí la puerta. El desconocido se encontraba en lo alto de la escalinata, inmóvil, mudo. Era un poco más alto que yo.

No sécuánto tiempo permanecimos frente a frente, separados por un par de pasos de distancia. Cuando el terror acabóde adueñarse de mi corazón, retrocedí lentamente, crucéel umbral y, sin apresurarme demasiado -ignoro por qué motivo consideraba muy del caso una extremada cortesía-, cerré la puerta. Al echar el cerrojo me pareció que “él” tiraba del pomo con mano suave, pero no me atrevo a asegurarlo.

VI

A pesar de todo, a la mañana siguiente me levantédueño todavía de mi equilibrio mental. Durante toda la mañana mi tranquilidad fue absoluta, y mi cerebro funcionaba como el de cualquier hombre en perfecto estado de salud física y mental. Para que nada turbara mis reflexiones, pretexté una jaqueca y, en vez de ayudar a la aya y a los niños a adornar el árbol, me fui a pasear por el camino de la estación. El día era frío y triste.

Había leído y oído decir a doctoresy expertos que las personas abrumadas por un gran dolor o remordimiento suelen tener visiones fantásticas; pero yo no me encontraba en ninguno de los dos casos. El desconocido, por lo tanto, era un ser real. Ahora bien:¿qué relación existía entre el hombre del sombrero hongo, que se sostenía en el aire, que asechaba detrás de los cristales, y yo? ¿Por qué me manifestaba tan obstinado efecto? ¿Qué quería de mi? En aquella casa, yo no era más que un profesor y nada sabía de la triste equivocación, de la dolorosa injusticia, del crimen quizá, cuya sombra planeaba sobre el lugar y las personas.

“¿Qué quería de mi? En aquella casa, yo no era más que un profesor.”

Repetí varias veces, en voz alta, aquel argumento. Me parecía tan convincente, que de buena gana hubiera hablado con el espectro, le hubiera dicho que estaba equivocado, que en aquella casa yo no era más que un profesor. Pero, ¿acaso puede dialogarse con los espectros? ¡Qué estupidez!

“¡No soy más que un profesor!”, repetí de nuevo, tras una breve pausa.

Y no tardéen darme cuenta de que mis pensamientos eran siempre los mismos y se sucedían en el mismo orden, trazando un circulo semejante al de un caballo amaestrado, un circulo que se cerraba siempre con la palabra “estupidez”. Era preciso salir de él, pensar en otra cosa, pero me resultaba imposible. Parado en medio del camino, continuaba girando, girando como un caballo bajo el látigo del domador. Experimentéun miedo atroz, no inspirado por el espectro, al cual no concedía ya tanta importancia, sino por las ideas que pueden cruzar por un pobre cerebro humano. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no gritar. De súbito, la soledad me asustó; volví precipitadamente sobre mis pasos; en aquel momento, la casa de Norden me parecía un refugio seguro.

Cuando lleguéa ella me sentí súbitamente tranquilizado, tal vez por la presencia de dos estudiantes, sobrinos de Norden,que habían llegado aquella mañana invitados a pasar la Nochebuena. Eran dos muchachos muy simpáticos a los cuales bastaba mirar para saber que eran hermanos. Estaban ayudando a Norden y a los niños a adornar el árbol. Arriba resonaba -sinceramente alegre, por primera vez- el piano de la señora Norden. La invisible pianista interpretaba un nuevo baile cuya partidura habían traído los estudiantes.

Recuerdo que, antes de almorzar, los dos huéspedes y yo decidimos dar un paseo. El almuerzo fue muy alegre: bebimos como esponjas y nos reímos mucho. Por la tarde llegóuna señora gorda, con sus dos hijas, animadísimas y muy amables. Aquella noche bailamos enserio.

Durante los días que siguieron llegaron otros invitados, muy simpáticos. A pesar de que la casa no era muy espaciosa, no sé cómo se las arregló Norden para alojar a tanta gente. Lo cierto es que terminadas las diversiones nocturnas, todas aquellas damas y todos aquellos caballeros se retiraban a sus respectivos aposentos. No podría decir quiénes eran. Es más, no recuerdo el rostro de ninguno de ellos. Recuerdo muy bien los trajes de los hombres y los vestidos de las mujeres, los detalles de atuendos de uno y otras; pero he olvidado sus rostros. Me parece estar viendo aun el uniforme de un general, pero solo el uniforme, como si el invitado que lo llevaba fuera un maniquí.

Pero volvamos al día en que llegaron los dos estudiantes y la señora gorda y sus dos hijas. Después de haber bebido y bailado más de la cuenta -haciendo reír, con mi torpeza, a todos los presentes-, me retiréa mí cuarto sintiéndome un poco mareado. Me dejécaer en la cama, sin desvestirme, y me quedéinmediatamente dormido.

La sed y una rara sensación me despertaron al cabo de un par de horas, obligándome a levantarme. Había dejado descorrido el visillo. Detrás de los cristales estaba “él”. Recuerdo que me encogí los hombros y me bebí dos vasos de agua. “Él” no se iba. Tiritando de frío,olvidados el baile y la música, me dirigí lentamente hacia la puerta. Al igual que el día anterior, el frío del cerrojo me quemó los dedos; y, al igual que el día anterior,lo encontré esperándome en lo alto de la escalinata. En medio del silencio nocturno, lejano y solitario, se oían los ladridos de un perro.

Ignoro el tiempo que llevábamos frente a frente, silenciosos, inmóviles, separados por un par de pasos de distancia, cuando “él”, apartándome con cierta rudeza, penetró en la casa. Lo seguí a través de las oscuras estancias. Me guiaba su silueta negra, destacando sobre el fondo blanquecino de las ventanas. No me causóla menor sorpresa verlointroducirse en mi cuarto.

Yo entrédetrás de él y, maquinalmente,cerré la puerta; pero me detuve a unos pasos del umbral.Temía tropezar con el desconocido en la oscuridad de la estancia. Cuando mis ojos se acostumbraron a las tinieblas, vi un bulto inmóvil junto a la pared, en un lugar donde no había ningún mueble, y deduje que era “él”, aunque no se le oía respirar, ni daba señales de vida.

No obstante, transcurrió tanto tiempo y su inmovilidad era tan absoluta, que empecé a dudar de su presencia. Sacando fuerzas de flaqueza me obligué a mímismo a acercarme al bulto y a palparlo. Mis dedos tocaron una tela, bajo la cual se percibía la pureza de un brazo o de un hombro. Retiré apresuradamente la mano y continuémirando, perplejo, a mi nocturno visitante. Finalmente, conseguí articular:

-¿Qué quiere usted de mi? En esta casa, yo no soy más que un profesor

Pero no me contestó. Me pareció ridículo haberle habladode usted. A pesar de su silencio, me di cuenta de que deseaba que me acostara. Me desvestí bajo la mirada de sus ojos invisibles. Los crujidos de la cama al hundirse con el peso de mi cuerpo me llenaron de turbación, sin saber por qué. Ya entre las frías sábanas recordé que no había dejado, como de costumbre,las botas en el pasillo, junto a la puerta.

Me acosté boca arriba considerando que aquella postura era la mas respetuosa. Por su parte,“él” se sentó en el borde de la cama y apoyóuna mano en mi frente.

Era una mano fría y pesada, de la cual parecían emanar el sueño y la tristeza . He sufrido mucho en la vida, he asistido a la muerte de mi padre; pero no creo que exista una tristeza semejante a la que experimentéal contacto de aquella mano. Inmediatamente empecé a dormirme; pero, cosa rara, el sueño y la tristeza no luchaban, sino que penetraban juntos en míy se extendían unidos en todo mi cuerpo, mezclándose con mi sangre y empapando mis músculos y mis huesos. Cuando llegaron a mi corazón y lo invadieron, mi razón, mis pensamientos, mi terror, se ahogaron en un mar de angustia mortal, desesperada. Las imágenes, los recuerdos, los deseos, la juventud, la misma vida, parecieron extinguirse. La presencia del desconocido me resultaba ya indiferente. Todo mi ser languidecía en el infinito desmayo de aquella tristeza sin límites y de aquel sueño sinensueños.

A la mañana siguiente me desperté a la hora de costumbre. En la habitación no había nadie y todo estaba en orden. No me sentía bien ni mal, sino como vacío. Mi rostro -que vi en el espejo, mientras me vestía-, un rostro vulgar y feo, no había sufrido alteración ninguna; continuaba siendo, sencillamente, el de un hombre que ha pasado mucha hambre y no ha conocido ningún afecto.

Todo estaba igual y, sin embargo, yo sabía que en el mundo había cambiado algo y que nunca volvería a ser como era. Pero observéen mi una cosa que me produjo cierta satisfacción: el misterioso espectro que me perseguía no me inspiraba ya ningún temor. Al entrar en el comedor, donde Norden hacia desternillarse de risa a más huéspedes comentándoleschascarrillos, experimenté una repugnancia invencible. Empezara estrechar manos se convirtió en un verdadero asco.

Aquel asco fue debilitándose en el transcurso del día -un día animado, ruidoso- y casi llegóa desaparecer, pero volví a experimentarlo todas las mañanas al estrechar la mano de los invitados.

VII

Aquella mañana, cuando volvimos de la playa, después de bombardearnos, en un alegre combate dirigido por Norden, con bolsas de nieve, me encerré en mi cuarto y le escribí una carta a uno de mis compañeros de Petersburgo. No era amigo mío, pues yo no tenia amigos, pero me trataba mejor que los demás y era un buen muchacho,amable y servicial. Le decía que me encontraba en un gran peligro, y le rogaba que acudiera en mi socorro, pero en una forma tan desmayada, tan poco expresiva, que la carta, de haber llegado a sus manos, hubiese provocado en él un simple encogimiento de hombros. No sé por qué motivo no se la envié. El día que me dieron de alta en el hospital la encontré en un bolsillo de mi chaqueta, metida en un sobre cerrado, pero sin dirección. ¿Por qué no puse las señas? ¿No las recordaba? Me sería imposible decirlo.

Creo que fue aquel día cuando empecé a perder la memoria. El último periodo de mi vida en casa de Norden solo lo recuerdo de un modo fragmentario. Ya he dicho que no recuerdo más que la ropa de los numerosos invitados, como si no se tratara de seres humanos, sino de maniquíes. Y debo añadir que he olvidado también sus palabras, todas sus palabras, aunque hablaba y bromeaba con ellos. Asimismo, me resultaba completamente imposible recordarel tiempo transcurrido entre el día que escribí la carta y el último de mi estancia en la casa. ¿Fueron dos o tres días? ¿Dos o tres semanas? No lo sé. En cambio, recuerdo perfectamente algunos detalles aislados. Acaso mi amnesia no se remonta, como supongo, al día que escribí la carta,y sea producto de la larga y grave enfermedad que he padecido.

Por encima de todo, recuerdo -eso es algo inolvidable- las visitas nocturnas del desconocido. Todas las noches, cuando los invitados se retiraban a sus habitaciones, yo me acostaba vestido y dormía unas horas: luego, a través de las oscuras estancias, me dirigía al vestíbulo, abría la puerta del jardín y dejaba entrar al espectro, que me esperaba ya en lo alto de la escalinata. Le seguía hasta mi cuarto, me desvestía, me tendía entre las frías sábanas, y él se sentaba al borde de mi lecho y posaba su mano en mi frente, una mano de la cual emanaban el sueño y la tristeza.

No me inspiraba ya ningún temor. Si no le hablaba, no era por miedo, sino porque consideraba superflua toda palabra. Se hubiera dicho que era un médico silencioso y metódico en su vida diaria conun enfermo silencioso y dócil.

Después empezaba el día ruidoso, agitado,y le sucedía la velada, con su desaforada y ficticia alegría. No sé qué extrañas velas habían colocado, sin que yo lo viera, en el árbol de Navidad que cada noche brillaba más, inundando de cegadora claridad las paredes y el techo. Y a todas horas resonaban los estimulantes gritos de Norden.

–*Tanziren! Tanziren!*

No recuerdo otras veces, pero todavía me parece oír aquella que me persigue en mis sueños, irrumpe en mi cerebro y dispersa mis pensamientos. Encaramado sobre todos los demás ruidos, aquel grito resonaba tenaz, insoportable, de extremo a extremo de la casa. A veces se tornaba ronco, amenazador…

Recuerdo que una noche la pianista invisible dejósúbitamente de tocar y se produjo un extraño silencio.

–*Tanziren! Tanziren!* -grito furiosamente Norden. Debía de estar borracho. Tenía los cabellos en desorden y la expresión de su rostro era feroz, salvaje.

–*Tanziren! Tanziren!*

Los invitados se apretujaban a lo largo de las paredes inundadas de luz, de una luz fulgurante, como la de un incendio.

–*Tanziren! Tanziren!* -repetía Norden agitando los puños, y en sus ojos brillaba la amenaza.

Por fin volvió a sonar la música y el baile continuó. Aquel fue el más brillante de todos. Recuerdo,además de lo que he referido, lo numeroso de la concurrencia: sin duda, aquella tarde había llegado muchísima gente.

A mi recuerdo de aquel baile se asocia en mi memoria el de un sentimiento muy raro:el de la presencia de Elena.

No sé si ardían muchas antorchas en el patio y el jardín. Lo único que sé es que, consciente o inconscientemente, me dirigí hacia la playa. Y allí, junto a la pirámide cubierta de nieve, permanecí largo rato pensando en Elena. He dicho "pensando"…y juraría que durante toda la velada la tuve a mi lado. Incluso recuerdo las dos islas en las cuales estuvimos sentados el uno junto al otro, conversando. Y creo que me bastaría un pequeño esfuerzo de memoria para recordar su rostro, su voz, sus palabras,y comprender…Pero no quiero hacer ese esfuerzo. Que todo continúe como está.

Una vez que Elena hubo desaparecido, su presencia fue sustituida enmi alma por una nueva sensación: la de que era testigo involuntario de una lucha despiadada entre seres invisibles y misteriosos. En su combate, agitaban el aire de tal modo que el torbellino me arrastraba a mi, mero espectador. No creo que Norden, a pesar de ser uno de los personajes de aquel drama, tuviera una idea más clara que la mía de lo que sucedía a nuestro alrededor.

Sin embargo, mi terror solo duróhasta que recibí la visita del desconocido. En cuanto su mano se posaba sobre mi frente, mis emociones, mis deseos, mi voluntad, mi inteligencia, se hundían en un mar de tristeza. Y el hecho de que la tristeza llegara siempre en intima unión con el sueño, la hacía aun más terrible. Cuando el hombre está triste, pero despierto, la visión de la vida que le rodea alivia un poco su dolor; pero el sueño se alzaba entre mi alma y el mundo exterior como un espeso muro, y la tristeza -una tristeza inmensa, sin límites- la saturaba.

Ignoro cuantos días habían transcurrido desde que en el curso de aquel ruidoso baile los *"Tanziren! Tanziren!"* de Norden quedaron básicamente ahogados por un torrente de voces estremecedoras.

Me despertó, precisamente a la hora en que el desconocido solía detenerse delante de mi ventana, un repentino estrépito de carreras y gritos. Me acordé de aquella noche del mes de noviembre…No me levantéa abrirle la puerta al desconocido como de costumbre. Estaba seguro de que no había venido ni vendría. Me desvestí y volví acostarme. Los gritos y las carreras continuaban. En la escalera interior resonaban de continuo pasos apresurados. Unos días antes, aquel ininterrumpido subir y bajar, que hacía presagiar alguna desgracia, me hubiera producido una dolorosa impresión, manteniéndome en vela. Pero ahora no me

preocupaba. Tranquilamente me dormí, pues sabía que el desconocido no seatrevería a venir estando todo el mundo levantado en la casa.

En aquel momento ignoraba que no volvería a ver nunca más los anchos hombros de mi nocturno visitante. Cuando me desperté, reinaba en la casa un profundo silencio, a pesar de que el sol estaba ya muy alto. Sin duda, después de la agitada noche, incluso los criados estaban durmiendo.

Me vestí y salí al comedor. Encima de la mesa yacía una mujer amortajada. Nunca había visto de cerca a la señora Norden, pero la reconocí inmediatamente.

VII

No la alumbraban cirios ni oraba nadie junto a ella. La rodeaban el silencio y la soledad. Al verla tan abandonada, se hubiera dicho que nadie sabía que había muerto.

Era joven y bella. Es decir, no sé si era realmente bella; pero era la mujer a la cual yo había amado y buscado toda mi vida, sin saberlo. Había conocido, vivos, sus finos dedos yertos cruzados sobre el pecho, y había sentido el encanto de la dulce mirada de aquellos ojos, ya sin luz, cerrados para siempre. ¡Pobres dedos de nácar, obligados a arrancarle al piano alegres notas, a cuyo son bailaba Norden! ¡Perdónalo! ¿Qué sabia él? ¡Perdóname también a mí el haber escrito en la nieve el nombre de Elena! ¡No sabía el tuyo!

No sé hasta qué punto será cierto lo que en aquel momento era para mí una evidencia absoluta. Solo sé que el amor que sentía, súbitamente revelado, era tan profundo como la tristeza que inundaba mi corazón a medida que me daba cuenta, ante la inmovilidad del cadáver, ante el sepulcral silencio que reinaba en la casa, de que “ella” estaba muerta.

Y cuando la palabra “muerta” brotóde mis labios en voz queda y doliente,me echéa llorar.

Desecho en lágrimas, salí poco después de la casa de Norden,sin abrigo, ni sombrero. Crucéel jardín y la playa, hundiéndome en la nieve hasta más arriba de los tobillos, y avance mar adentro. Sobre el hielo, la capa de nieve era menos espesa y me permitía andar con más facilidad. No tardéen encontrarme a una gran distancia de la playa. Ya no lloraba. No pensaba en nada. Continuaba avanzando, avanzando, a través del inmenso desierto blanco y liso, que parecía irme absorbiendo. Empezaba a sentir frío y cansancio, y me detuve un instante. Miréa mi alrededor como en un ensueño:la planicie infinita y blanca, sin otras huellas que las mías, me cercaba por todas partes…

Reemprendí la marcha y, sin dejar de andar, empecé a dormitar, como los caballos extenuados por una larga jornada, como los vagabundos que buscan en el ruido rítmico de sus pasos el opio que alivie sus penas.

A pesar de que cada vez me resultaba más difícil flexionar los brazos y las piernas, no me daba cuenta de que empezaba a helarme y continuaba avanzando, clavados losojos en la nieve que se extendía a mis pies.

Avanzaba, avanzaba y la nieve era siempre la misma.Ignoro si se hizo de noche o si las tinieblas surgieron de mi propio ser, pero lo blanco fue haciéndose gris, y lo gris fue haciéndose negro.Cuando ya no veía nada me dije:

“Estoy ciego”.

Y continué andando, ciego.

Unos pescadores me encontraron tendido en la nieve y me salvaron. En el hospital me amputaron tres dedos de los pies que se me habían helado.He estado un par de meses enfermo y sumido en la inconsciencia.

No sé nada de Norden. Su esposa efectivamente había muerto. No sé nada de él.

El desconocido no ha vuelto a aparecer, y sé que no aparecerá más. Si ahora viniera, creo que su visita no me desagradaría.

Me muero.

Todos me preguntan de qué me muero y por qué no hablo. Sé que esas preguntas las dicta el afecto, pero me hacen sufrir. ¿Acaso todo el que se muere sabe de quémuere?

Vivo con M. I., el compañero al cual le escribí suplicándole que acudiera a mi socorro. Es muy bueno y quiere llevarme una temporada al campo. Yo no me opongo. Si lo hiciera, daría lugar a nuevas preguntas, y debo hablar lo menos posible. ¿Cómo explicarle que el mutismo es el estado natural del hombre? Él ama las palabras y cree en algunas de ellas.

Anoche estuvimos en las islas. Había mucha gente. Vimos zarpar un yate de velas muy blancas…

¡Ah! ¡Lo olvidaba! No amo a Elena ni a la señora de Norden y nunca pienso en ellas.

Y no tengo nada más que decir.

FIN